

Xaverio Ballester – Universidad de Valencia

in «Elea» 6 (2004) 107-38

Jatkuvaisuusteoria: el acercamiento indigenista

Si *mal* un par de trabajos nuestros sobre los asuntos que aquí nos convocan, ha visto rechazada su publicación en una revista de tanta divulgación como *Emerita*, una cierta idea de nuestra posición sobre el origen de las lenguas indoeuropeas, será, al menos en líneas generales, de algunos conocida. Por mor de sus implicaciones, en el arqueoibérico marco de este Seminario tal posición nuestra muéstrase nada baladí. Aquí, siguiendo indicaciones de la institución convocante, sólo pretendemos realizar una actualización crítica de un contencioso tan trascendente para los estudios arqueoibéricos como el concerniente a la clasificación y origen de las lenguas habladas antes de la arribada a nuestras costas de fenicios, griegos o romanos.

Para empezar, diremos que será al menos conocida nuestra posición de partida sobre la naturaleza y la datación de lo que por tradición elípticamente denominamos *indoeuropeo*, a saber, en cuanto a su naturaleza: que lo indoeuropeo debió de ser no una lengua unitaria cuales latín clásico, inglés de *B.B.C.* u oficial español de la Real Academia, sino más bien una concatenación de dialectos mantenida al menos por una macrodiacrónica convergencia de isoglosas y muy probablemente, a lo TRUBECKOJ (1939), sin haber alcanzado jamás una uniformidad total (“ohne jedoch jemals miteinander ganz identisch zu werden”); y en cuanto a la datación: que esa concatenación remonta, como todos o la mayoría de los otros grandes conjuntos lingüísticos, a época paleolítica. Con gran probabilidad fueron precisamente algunas condiciones del Paleolítico —únicas en muchos aspectos— las que hicieron posible la emergencia de tan enormes complejos lingüísticos, siendo usualmente también enormes los territorios explotados por nómadas en sus continuos desplazamientos, y siendo aquellos complejos muy estables y relativamente homogéneos tanto por la constante interrelación entre las móviles bandas de la época como a causa de su baja —o estable— *ratio* demográfica. Con mucha probabilidad fueron también precisamente las exclusivas condiciones del Neolítico las que, como profusamente ha argumentado Mario ALINEI (1996, 2000), hicieron posible la especialización y consecuente divergencia lingüística en territorios cada vez más pequeños, propiciando así la formación de subconjuntos o grupos y, por lógica, no en todos los casos por mera evolución *interna* o deriva del correspondiente eslabón dialectal, sino también en

¹ Ponencia presentada el 24 de julio del 2003 en el XIX Seminario sobre “Avances y problemas en el conocimiento e investigación de las lenguas y de la epigrafía antiguas durante el curso 2002 – 2003” organizado por el Aula de Humanidades y Ciencias Valencianas en el Hotel *Tres Anclas* de Gandía (Valencia).

muchos casos por contacto con otras lenguas. Esas condiciones específicas del Neolítico que contribuyeron de una u otra manera a la eliminación de macrotópicas isoglosas, serían sobre todo el sedentarismo con la aparición de establecimientos fijos e incluso ciudades, el espectacular incremento o *bum* demográfico con el —en parte consecuente— surgimiento de la estratificación social y, por último, el brutal cambio de la escenografía ecológica con la desaparición de los itinerarios y entornos hasta entonces conocidos y el ampliarse el mundo habitable como consecuencia de la deglaciación. Decisivo papel debió también de desempeñar al respecto la aceleración verificada en el ritmo de los cambios tecnológicos. El mundo neolítico cambió en unos pocos milenios muchísimo más de lo que había cambiado, por ejemplo, en los treinta milenios anteriores durante todo el Paleolítico Superior, contingencia esta que lógicamente contribuyó a particularizar y acelerar también los cambios lingüísticos.

Lo expuesto representa sumarisimamente el marco general preconizado por la, en palabras de ALINEI, *Teoría de la Continuidad*, llamada así probablemente en correspondencia a la afín teoría (en finés *jatkuvaisuusteoria*), ahora predominante, que retrotrae la datación de la formación del conjunto lingüístico urálico a época paleolítica (Gheno 2002: 23), marco que ha sido también denominado *Perspectiva Indigenista* (en inglés *indigenist approach*) por Colin RENFREW pero que tanto Gabriele COSTA como nosotros, por diversas razones, preferimos denominar *Paradigma de la Continuidad Paleolítica*. Aunque hasta ahora —al menos oficialmente— sean pocos, no faltarían nombres insignes entre los representantes de estas ideas novedosas pero con precursores tan tempranos como KÜHN (1932) o, como veíamos, Nicolaj TRUBECKOJ (1939). Entre los lingüistas junto a ALINEI (1996, 2000 bis, 2001) citemos a COSTA (1998, 2001) y Franco CAVAZZA (2001). Otro aspecto muy destacable en este asunto es —¡por fin!— la existencia de un verdadero consenso interdisciplinar, al menos, por ejemplo, para arqueólogos como Cicerone POGHIRC (1992), climatólogos como ADAMS (1999 con Otte), historiadores tan críticos con las posiciones tradicionales como HÄUSLER (1996, 1998), o prehistoriadores como Marcel OTTE (1997, 1998, 1999 con Adams, 2000). Por cuanto sabemos, seguimos siendo los únicos representantes de las nuevas propuestas en nuestro país, donde hasta el presente apenas se han debatido. De hecho, la única manifestación oficial ha sido la valiente crítica de ADIEGO en *Estudis Romànics* (2002), a la cual el —este sí— carácter abierto de esa prestigiosa revista nos ha permitido con ALINEI responder.

Indirectamente habría que incluir en el índice de este grupo de *heréticos* muchos apellidos de genetistas, ya que al día de hoy podemos dar como cada vez más segura la convergencia de los datos genéticos, los cuales decididamente apuntan a un origen *paleolítico* para la mayoría de los europeos (y asiáticos). Basten mencionar, entre ya numerosos trabajos afines (Richards & *alii* 2000; Semino & *alii* 2000), la explícita contribución de Martin RICHARDS y otros (1996: 185: “ancestors of the great majority of modern, extant lineages entered Europe during the Upper Paleolithic [...]”).

the major extant lineages throughout Europe predate the Neolithic expansion [...] the spread of agriculture was a substantially indigenous development accompanied by only a relatively minor component of contemporary Middle Eastern agriculturalists”), o el conocido libro de Bryan SYKES (2001), uno de cuyos objetivos era inquirir la veracidad de la tesis de un origen básicamente neolítico para las poblaciones europeas. Tras los estudios de SYKES (2001: 228) ha quedado claro que “les ancêtres maternelles de la majorité des Européens modernes vivaient déjà en Europe bien avant l’introduction de l’agriculture”. En realidad la constatación —hoy aparentemente ya incontestable— de que los genes de más del 80 por ciento de la población europea remonten a época paleolítica no constituye ninguna prueba directa de que el conglomerado indoeuropeo, con diferencia el conjunto lingüístico más común en Europa, remonte también a esa misma época, pero en verdad de modo indirecto apunta decididamente a ello, ya que el dato se erige como un colosal obstáculo para todas aquellas teorías que postulen una datación posterior para el conjunto indoeuropeo. En efecto, si hay que “abandonner l’idée d’un remplacement massif des chasseurs–cueilleurs par les agriculteurs, pour conclure à une forte continuité depuis le Paléolithique” (Sykes 2001: 228s), y “Le gros du pool génétique de Européens modernes nous venait des chasseurs–cueilleurs du Paléolithique” (Sykes 2001: 241), quien pretendiere defender una datación metapaleolítica para lo indoeuropeo, inevitablemente debería explicar por qué más del 80 por ciento de la población europea en algún momento cambió drásticamente su tradición lingüística para convertirse en hablantes de un conjunto lingüístico que habría aparecido en muchos lugares con el Neolítico o aun mucho después.

De la mano de las nuevas propuestas por nuestra parte se ha insistido en la crítica al modelo de análisis lingüístico basado en lo tradicionalmente denominado *familia* lingüística, en el sentido de que la metafórica concepción de las lenguas a la manera de un árbol genealógico es totalmente improductiva y sólo propicia distorsión y fraude. En todos los casos documentados de cambios realmente significativos en el discurrir de una tradición lingüística, lo que en realidad encontramos, es contacto con otra[s] lengua[s]. Por tanto, el esencial carácter indoeuropeo de tal o cual grupo sólo significa un contacto más duradero y más profundo con lenguas afines y en ese sentido habrá no sólo lenguas indoeuropeas más innovadoras y más conservadoras, sino también hablas más *indoeuropeas* o menos, e incluso —¿por qué no?— lenguas mixtas y criollos.

Otra consecuencia de las nuevas propuestas ha sido la trascendente reivindicación de la discronía entre lengua y otras manifestaciones socioculturales, y ello con ventaja temporal para la lengua, resultando ahora evidente —creemos— que la lengua es un elemento muchísimo más longevo y, en condiciones propicias para ello, mucho más estable que otros atributos culturales. Así hemos venido sosteniendo que otro de los errores mayúsculos de la decimonónica Lingüística Histórico–comparada, de la Lingüística tradicional, ha sido el de querer sintonizar y sincronizar sin más y de modo

general lenguas con civilizaciones o culturas. Por ejemplo, una vez que la cultura céltica clásica tenía lugar entre el I milenio antes y después de Cristo, el supuesto céltico común tendría que haber existido al inicio de esas fechas o muy poco antes. Se creía así que lenguas de una misma tradición lingüística apenas podían preceder (y posteriormente exceder) en unos siglos las culturas clásicas. Sin embargo, así como, por ejemplo, la corriente lingüística helénica ha excedido 3000 años la cultura micénica de su primera documentación pervenida, no hay *a priori* razones objetivas para excluir que también, por ejemplo, (al menos) 3000 años antes de esa fecha, existiera esa misma tradición. Se insistirá en que es sobre todo el contacto aloglótico el factor que de sólo provoca un apartamiento realmente cualitativo de una tradición lingüística. El otro gran factor que puede hacer cambiar las lenguas, a saber, un repentino cambio del entorno, no comporta automáticamente, si no hay contacto aloglótico, apartamiento de la tradición, tan sólo usualmente una aceleración en el cambio lingüístico, es decir, un mayor cúmulo de evoluciones, sobre todo de transferencias semánticas.

La voluntad de poner de relieve el hecho de que una continuidad lingüística puede, pues, exceder en milenios una manifestación cultural, social o política determinada nos ha llevado a postular el empleo de términos distintos para tradiciones lingüísticas y las manifestaciones culturales de sus hablantes. No hemos sido los únicos. Ya DEVOTO (1978: 478) hablara de un grupo *italoide*, propuesta parcialmente secundada por ALINEI (2000: 577–603 sobre todo), quien habla de un grupo *italide*. También contra la nomenclatura tradicional, por nuestra parte se prefiere hablar de *baltoide*, *celtoide* o *germanoide*... etc. para subrayar su potencial macrodiacrónico y la diferencia conceptual y cronológica entre un caudal lingüístico y otros atributos de la cultura respectiva, entendida esta última además como un amplio mosaico donde entrarían también la economía, la religión, la raza y demás atributos culturales. *Baltoide*, *celtoide* y denominaciones afines, por tanto, no necesaria ni usualmente serán entidades sincrónicas a las de las culturas *báltica*, *céltica* y demás. En nuestra intención el elemento *-oide* pretende además destacar el carácter esencialmente adaptativo de la lengua.

Expuestas preliminarmente estas cuestiones, pasemos a recapitular ahora nuestras ideas sobre la situación lingüística de la Península Ibérica en época prerromana, quedando claro que potencialmente esa situación puede representar la perduración de tradiciones de épocas remotísimas y no necesariamente ser cosa que haya precedido en unos pocos siglos a la venida de los Escipiones, tal como, por (ejemplo) cierto, la propia Lingüística Histórico-comparada acepta para el vascuence, habla tradicionalmente y sin mayor escándalo admitida más o menos para los mismos lugares que los actuales ya desde época... paleolítica.

AMBATVS SCRIPSI celtas de pura cepa

Seguimos —por cuanto sabemos— siendo los únicos en defender con Jürgen UNTERMANN el carácter celtoide del galaico y del lusitano, que, como cabría esperar dada su vecindad, manifiestan, dentro de las hablas hispanoceltoides una mayor afinidad, la cual resulta tan obvia como patentes son también las superficiales diferencias. Bastaría al respecto mencionar la existencia de un conjunto antroponímico común con formas como *MEIDVENVS* (Lamego) o *MEIDVENA* (Cea) entre los galaicos y *MEIDVENIVS* entre los lusitanos (Gorrochategui 1993: 421), conjunto no tan significativo por el hecho de ser común, pues a menudo (lógicamente) resulta también común al (restante) hispanocéltico, sino sobre todo por la emergencia de tratamientos fónicos idénticos o muy afines, como es la (mayor) tendencia a la diptongación (–*EI*–) y la probable pérdida de /g/, seguramente por palatalización ante vocal coronal (*cf.* celtibérico MEZUCeNOS).

La obra de referencia —por el número de datos sistematizados— para la tesis *pro* celtoide fue publicada por UNTERMANN en el número correspondiente al bienio 1985/6 en la también abierta revista *Veleia*, mas, al parecer, su convicción era mucho más antigua. Con ocasión del doctorado *honoris causa* recibido en Santiago de Compostela este mismo MMIII, recordaba el sabiazo germánico su añeja polémica con el gran Antonio TOVAR sobre esta cuestión y hace pocos años UNTERMANN seguía mostrándose igual de taxativo (1999: 189s): “Hoy se ve cada vez más claramente que tanto la epigrafía lusitana como el gran número de topónimos, etnónimos, teónimos y antropónimos antiguos, conservados entre el curso inferior del río Tajo y el norte de Galicia, constituyen una región celta de pura cepa, no menos que la Celtiberia o el centro de la Galia”. Desde la citada sistematización de referencia por UNTERMANN, en nuestra opinión, lo único que honestamente puede decirse, es que con el tiempo y los nuevos testimonios se han ido incorporando posibles más argumentos en pro del carácter hispanoceltoide de las ambas hablas. Por citar sólo uno y reciente, VILLAR y JORDÁN (2001: 126s) así como también BELTRÁN (2002: 308) señalan ahora la posible relación del topónimo *Arandis* lusitano (*It. Ant.* 426,2) con el ARANTi del IV Bronce de Botorríta y las leyendas monetales también celtibéricas ARATiCOS y ARATiZ sin que, por supuesto, tenga siempre que tratarse del mismo lugar.

Comenzando quizá por testimonios tan emblemáticos como la abundancia de andrónimos cual *CELTIVS* (hay también *CELTIVENS* entre los lusitanos), nombre “casi exclusivamente atestiguado en la Lusitania” (Salas & *alii* 1987: 140), o el lema *AMBATVS SCRIPSI* —con el hiperceltoide *Ambatus*— que da comienzo a una de las señeras inscripciones lusitanas, en realidad son tantos los argumentos a favor del celtoidismo de galaicos y lusitanos, tantas las convergencias con las (otras) hablas hispanocélticas que resulta mucho más económico hacer una presentación con *aparato crítico* negativo, incidiendo tan sólo en aquello que, según algunos, imposibilitaría que galaico y lusitano fueran clasificadas no ya como lenguas hispanocélticas, sino mismamente como celtoides. Pues bien,

para la perspectiva tradicional —la misma, por cierto, desde la que SCHMIDT (1996) propone que el *occidentalísimo* grupo de las hablas celtoides pueda en realidad ser un grupo lingüísticamente *oriental* (!?)— no podrían ser *célticas* en galaico y lusitano ni la presencia de /f/ ni sobre todo la de /p/ (*PARAMAECO*, *PORGOM*), presencia esta que hay que proyectar también a la meseta central (*Complutum*, *PARAMI...*). Tampoco puede extrañar que desde la perspectiva tradicional se prefiera antes vincular el lusitano con el grupo italoide que con el celtoide (Prósper 1997: 299; Villar & Pedrero 2001: 686s), aunque hasta ahora no se haya ofrecido ni *genealogía* concreta ni ubicación precisa dentro de la ya por sí confusa *familia* itálica. A nosotros, que creemos en la occidentalidad de la red celtoide, no nos sorprenden, desde luego, las afinidades italoideas ni el significativo hecho de que estas sean fácilmente interpretables como más antiguas que las afinidades con el grupo germanoide.

En cuanto a la descalificante (a efectos de celtoidismo) presencia de [f] en galaico y lusitano, diremos que la documentación es relativamente magra incluso para todo el territorio peninsular. María Lourdes ALBERTOS (1985/6: 140s) admitía como seguros los siguientes testimonios: *AFRVNVS*, *CALFERVS*, *FALMICI*, *FARVCIA*, *FATRANIS* (Cáceres), *FIDVENEARVM*, *IFADEM* (Cabeço das Fragoas) y *SVFERA* (Itálica). Para *AFRVNVS* y *CALFERVS*, por cierto, DE HOZ (1993: 385) sospechaba una influencia de los latinos *Afronius* y *Calfurius*. Al respecto podría ser otra vez muy pertinente la advertencia de UNTERMANN (1999: 187): “aunque es verdad que la *f* es ajena al sistema fonético de las lenguas celtas antiguas, sí aparece en la lengua irlandesa medieval como continuador de una *w* antigua. Tal vez no sea casual que en territorio gallego aparezcan dos teónimos que admiten etimologías que cuentan con un paso de *w* a *f* [...] los *lares Findenetici* [...] y las *Fiduenae*”. Hay que suponer que el celtólogo que manejara una información tan restringida para el irlandés medieval como la poseída para galaico y lusitano, se vería obligado a excluir aquella de las lenguas célticas. Un pasaje de [w] a [f], como en el celticísimo irlandés, en el hispanocéltico más occidental no es de descartar, máxime si tenemos en cuenta la general intolerancia a [w] antevocálico en el territorio peninsular, intolerancia de la que el denominado *betacismo* o paso a [b] es adicional manifestación, como hemos señalado en más de un lugar. Baste en ámbito galaico-lusitano mencionar el testimonio de la[s] ciudad[es] bracarense[s] *Auobriga* – *Abobriga* – *Aobriga* (Albertos 1990: 133s; cf. también *Douiterus* – *Dobiterus* – *Doiterus*). Incluso no sería siquiera necesario hipotetizar un tercer resultado **Afobriga* si se considera que una realización [aβobriga] podría haber propiciado la asimilación o el paso de la fricativa [β] a /f/ aunque siguiera registrándose . Por lo demás, tampoco aquí puede despreciarse el probado contacto con lenguas como la latina, con tanta presencia de /f/ (cf. el *lusitano* escriba *RVFINVS*). Además, la presencia de [f] en galaico y lusitano es en realidad muy similar en porcentaje a la presencia de [p] en ibérico (apenas *ΒΑΣΙΙΕΑ*, *ESTOPELES*, *LVSPANAR*, *LVSPANGIBAS*, *TANNEPAESER*) en aquellas escrituras donde puede registrarse autónomamente, pero, como bien señala VELAZA (1996: 42), en principio sólo

cabe pensar que [p] “sea una mera variante combinatoria de /b/”, siendo al respecto muy indicativo el hecho de que el alfabeto grecoibérico no utilice el grafema correspondiente al *pi*. Así las cosas ¿qué necesidad hay de recurrir a un supuestamente no celtoide distinto tratamiento de un hiperhipotético fonema */b^h/ indoeuropeo?

En cuanto a la descalificante presencia de /p/ antevocálica, nos parece que este hecho pone en evidencia alguna de las grandes limitaciones de la Lingüística tradicional. Para empezar, seguramente todos estaremos de acuerdo en que el celtoide debió de disponer de tal fonema y en que en algún momento lo perdió. Esto en teoría casi automáticamente implica que las hablas del occidente peninsular, si se confirmaran celtoides, habrían sido las únicas en conservar la original /p/. Ello conformaría una pésima noticia para la Lingüística indoeuropea tradicional, para cuyos postulados invasionistas y epineolíticos cuanto menos indoeuropeísmo haya en la Península Ibérica y cuanto más tardío y nordoriental sea, más fácil le resultará explicarlo. Hay que insistir en la relevancia que para los tradicionalistas tiene este rasgo. Un invasionista tan convencido como DE HOZ (1993: 384) afirma: “Todo parece indicar [...] que el testimonio de /p/ en la Hispania indoeuropea tiene una importancia decisiva, y apunta a la entrada en la Península de al menos dos grupos de indoeuropeos bien diferenciados, céltico el uno y no céltico el otro”. Esta era también, en suma, la esencia del pensamiento tovariano sobre la cuestión.

A nosotros, en cambio, nos parece inadmisibles negar el carácter celtoide de galaico y lusitano alegando que sólo la presencia de la *puñiflera* /p/ excluye su pertenencia a este grupo que, casi tautológicamente, quedaría, pues, definido como indoeuropeo sin /p/ antevocálica, ya que todas las (restantes) hablas celtoides perdieron la /p/ indoeuropea en esas condiciones (aunque en muchas reemergió posteriormente a partir de otras fonas). Tal actitud supone, por una parte, una magra confianza en la capacidad evolutiva de los contingentes dialectales (y una consecuentemente escuálida proyección cronológica) y, por otra parte, una muy frívola consideración de los argumentos necesarios para decidir qué constituya un grupo lingüístico. En efecto, según este mismo razonamiento, aquitano e ibérico, ya que ambos no poseen /p/, podrían pertenecer sin más a la misma *familia*, e incluso uno podría entonces proponer que justamente a la celtoide. Evidentemente, nosotros creemos que una golondrina no hace primavera, y que se necesita un *grapado* de rasgos y de distinta naturaleza para determinar la vinculación mayor o menor de unas hablas a otras, sin que, por supuesto, la inexistencia de un solo rasgo conduzca automáticamente a la negación de toda vinculación antigua y a la salomónica decisión de segregarla en una *familia* distinta. En rigor siguiendo ese mismo proceder metodológico, uno debería también negar el carácter hispánico del castellano, ya que todas las demás hablas hispánicas conocidas no distinguen entre /s/ y /θ/, entre *ese* y *zeta*. Sin embargo, a nadie se le ocurriría decir que la presencia de /θ/ hace inverosímil el carácter siquiera *hispanoide* del castellano. Más bien, en efecto, lo que sugiere este dato es la conservación de un elemento arcaico y

potencialmente —como de hecho sabemos es históricamente cierto— una ubicación más cercana a la primitiva para las hablas de este grupo, de modo que todo el español de fuera de esta zona sin /θ/ responde[ría] simplemente a una innovación, como básicamente es el caso.

Así pues y resultando por lo demás bien defendible el carácter celtoide de galaico y lusitano, para los tradicionalistas el problemón no es reconocer que la pertinaz presencia de /p/ es un claro arcaísmo. No. El problemón es la posición geográfica *incorrecta* de galaico y lusitano, pues a buen seguro si se ubicasen estos en, por ejemplo, las centroeuropeas Bohemia o Turingia, en aquellos frondosos bosques donde tradicionalmente tantos han situado la *Urheimat* de los celtorros, entonces pocos tradicionalistas —nos imaginamos— dudarían de que aquel galaico de Bohemia o aquel lusitano de Turingia constituían simplemente el ancestral relicto *in situ* de la original *Keltiké*, el ceceante —o pepeante— *castellano* de los primeros celtas. En todo este asunto lo verdaderamente *infumable* para la Lingüística (indoeuropea) tradicional serían —o son, nos tememos— las consecuencias del reconocimiento del celtoidismo de galaico y lusitano con una *conservadora* conservación de /p/ (*ergo* arcaísmo) pero en tan *periférica* ubicación (*ergo* innovación). Es como si la *zeta* perdida para casi todo el español apareciera no en León, Castilla y La Rioja, sino en Argentina, Bolivia o Chile. Claro que sobre dónde se originó el español tenemos bastante precisa información, pero sobre dónde se originó el celtoide...

Nosotros hemos propuesto que la pérdida de /p/ se debió esencialmente a lo obvio, es decir, al contacto con las hablas aquitana e ibérica, donde además y por cuanto hoy sabemos, a causa de la aspiración (muy segura al menos para el aquitano), la pérdida de /p/ resultaba, como históricamente sucedería en la *superaspiradora* lengua armenia, previsible y esperable. Según esto, sólo las hablas celtoides que tuvieron contacto con estas otras hablas anindoeuropeas habrían perdido la /p/, es decir, al menos las históricamente cercanas a Levante y margen septentrional del Ebro. Dicho de otro modo, las /p/ celtibéricas tenían un par de buenas teóricas razones para desaparecer, pero no las galaicas y lusitanas. Así pues, para la ausencia de /p/ en tantas hablas celtoides habrá en principio que admitir o una diferente extensión o un diferente emplazamiento de estas hablas y de las aquitana e ibérica en la Europa occidental. Como ya propusimos, la hipótesis más sencilla contemplaría una migración de pueblos de hablas celtoides desde nuestra Península y que, tras haber contactado con ese entorno de hablantes sin /p/, habrían perdido la suya. Apoyando esta propuesta y también, por cierto, la verosimilitud esencial de las leyendas irlandesas que apuntan a un origen en nuestra Península para la población del Eire, estarían los múltiples estudios genéticos que vienen corroborando no sólo ya un componente genético común para toda la Europa más occidental sino también una mayor antigüedad de tales genótipos en las zonas más meridionales, lo que evidentemente sugiere —por no decir *confirma*— el bien previsible supuesto de que, con la deglaciación que signa (y no sólo climáticamente) el final del Paleolítico, numerosas bandas de

cazadores y recolectores siguieron la *mudanza* de fauna y flora, dirigiéndose desde la Europa meridional a la septentrional, de suerte que, en este itinerario para poblar por primera vez gran parte de Europa, los hablantes de dialectos celtoideos pudieron o tuvieron que encontrarse con hablantes de lenguas pertenecientes a las tradiciones del aquitano y del ibérico y después con hablantes de dialectos germanoides. Al respecto también podría resultar significativa la constatación de que en las Islas Británicas —islas, recuérdese, sólo al concluir la deglaciación— el componente genético que las vincula a nuestra Península se concentra especialmente en las zonas occidentales, esto es, en las de mayor y seguro celtoidismo, mientras que en la vertiente occidental la afinidad es grande con los territorios continentales de hablas germanoides. Es obvio que sólo desde las nuevas y amplias cronologías que algunos venimos proponiendo para el conjunto indoeuropeo y para los conjuntos lingüísticos en general, es posible una secuencia[ción] de hechos de tan macrodiacrónico alcance. Lo que realmente resulta (casi) imposible, es aunar en un mismo y armónico paradigma explicativo tantos y tan diversos datos objetivos cuales, por ejemplo, la explicitud de las leyendas sobre el origen hispánico de los irlandeses, los genótipos comunes a la Europa más occidental, las afinidades italoideas (más antiguas) y germanoides (más recientes) o la pérdida de /p/ en muchas lenguas de la zona si, para hacerlo, uno dispone sólo de la brevísima franja *horaria* de la Edad de Bronce y poquico, poquico más.

***Sackgasse*: el enigma de Tartesos**

A falta de nuevos datos y reconociendo que a la fuerza nuestro cuadro será siempre menos tamizado y más grosero del que en realidad existió, seguimos pensando que por el momento no hay datos que avalen para la Península Ibérica un componente indoeuropeo que, cuando ya individualizado y concreto, no pueda ser definido como celtoide. Así pues, las identificadas como galaica, lusitana, celtibérica o todas aquellas hablas transicionales entre estas han de adscribirse para nosotros a la concatenación dialectal celtoide, como lo será también —veremos después— el substrato indudablemente indoeuropeo del ibérico. En ese marco no podrá, pues, extrañar que en principio no excluyamos el carácter celtoide del tartésico y, nos atrevemos a decir, con más seguridad de la población de base en esas zonas. Aunque ello pueda resultar paradójico, el seguro *impacto* externo y en concreto oriental[izante] que los arqueólogos detectan en esa época y en esa zona pudo ser sobre todo superficial y elitario, siendo precisamente esta época, la del I milenio a.C., muy propicia para tal fenómeno, que además pudo ser grandemente distorsionado por el muy parcial empleo de la escritura como saber especializado y de carácter hermético restringido a menudo a grupos dominantes (Costa 2000: 39), pues a veces las epígrafes sólo registran la capa superficial, intrusiva y más reciente de una población. En lo referente a la naturaleza lingüística de los textos tartésicos, tras recordar las dificultades de lectura que presentan por la práctica de la *scriptio continua* y por las dudas que sobre algunos signos persisten, cumple decir que los reconocidos como los dos máximos

tartesiólogos mundiales José Antonio CORREA (1989, muy tempranamente) y UNTERMANN (1995) han sugerido alguna vez que el tartésico pueda ser una lengua indoeuropea e incluso celtoide. Ciertamente lo que hoy logramos leer del medio centenar de textos tartésicos o —como por maliciosa precaución nos sigue gustando decir— *sudlusitanos* alienta aquella hipótesis. El estudio de la antroponimia y especialmente la toponimia de la zona reforzaría esa impresión, evidenciando incluso elementos comunes a celtiberos y al resto del territorio indoeuropeo peninsular, especialmente, como cabría esperar, con la zona lusitana y vetona (Albertos 1983 : 872–4; Lorrio 1997: 366n12, 368n15).

En el capítulo de posibles convergencias con el material hispanocéltico, aun sin ánimo de exhaustividad, citemos en lo léxico, en primer lugar, el emblemático ejemplo del nombre del célebre rey Argantonio, en griego Ἀργανθώνιος, nombre que algunos consideraron puramente mítico mas que hace poco apareció documentado en una copa helénica de época clásica. El andrónimo contendría una raíz *argant-* abundantemente documentada en las lenguas celtoideas, incluso en el celtibérico. Así la forma podría relacionarse sin dificultad con los hispanocélticos ARCaNTa, ARGANTO (*-onis), ARGANTIOQ(VM) y otros, pero sobre todo con un estupendo ARGANTONIVS MIROBRIGENSIS en Cáceres (Albertos 1979: 138 y 1983: 873s; Untermann & Wodtko 1997: 589). Cabría también, en sede celtoide extrapeninsular, citar un gálico ARGANTOCOMATERECVS del bilingüe de Vercelli. Siguiendo con el testimonio antroponímico, uno —en palabras de UNTERMANN (2000: 146n28)— de los más *seductores* testimonios sería un ANPaATiI (o ANPaATiA) que en principio se deja relacionar bien con el conocido *Ambatus* (Unterman & Wodtko 1997: 287). UNTERMANN (1997: 167s), de hecho, elenca una quincena de nombres susceptibles de equiparación hispanocéltica y de los que resultan especialmente atractivos ACoOSiOŠ, que remitiría a los hispanocélticos ACCA o ACCIVS, AIPuURIS que remitiría bien a *AEBVRA* bien a formas gálicas con *-rix* o celtibéricas con *-RES* o *-REICiS*, AARCuUIOR, relacionable con el hispanocéltico ARQVIVS, PoOTiIEA que ALBERTOS (1983: 868) califica de forma típicamente galaica por relacionable con los tan comunes hispanocélticos BO[V]TIA, BOVTIVS y afines, o TiIRToOS conteniendo quizá la secuencia *Tirt-* o aun *Dirt-* bien documentada en el material hispanocéltico. Más recientemente CORREA (2002: 407) ha relacionado un grafito AIOTiII con la raíz de antropónimos hispanocélticos tan bien documentados como el celtibérico AIU. Incluso antiguas propuestas en la dirección celtoide han venido siendo apuntaladas con el tiempo, así en su día CORREA (1989: 249) debía remitir al lejano antiguo irlandés *aite* ‘padre’ para apuntar el celtoidismo de un segmento ATaA, pero hoy es cada vez mayor y mejor en el ámbito hispanocéltico la documentación de un antropónimo ATa, probablemente —cierto es— con tal originario sentido de ‘padre’, conformando los ATTA, ATO, ATTO y ATVS una serie bien acreditada entre vetones y celtiberos (Untermann 1996: 127). Al menos *a priori* también un posible EERTaAUNE tartésico admite buena confrontación con el celtibérico [U]ERTaUNEi. Nuestro intento, en cambio, de explicar *-CeENiI* o *-*

CeENTiI como palabras relacionadas con formas celtoides bien documentadas como, por ejemplo, la celtibérica CeNTiS, lo que indudablemente supondría un apoyo muy considerable para la indoeuropeidad del tartésico y eventualmente para su celtoidismo, fue desestimada en comunicación epistolar (del 23.10.MMI) por UNTERMANN alegando que “la palabra tartésica forma parte de una paradigma más variado y sólo muy raras veces sigue a un antropónimo”. Incluso el mismo nombre de *Tartesos* podría ser de origen indoeuropeo, según VILLAR (1995: 266), si bien su propuesta de relacionar la forma con una triple raíz **ter-* / **tar-* / **tr-* y con el significado de ‘frotar, restregar, romper por fricción’ (!?) tiene tanto fónica como semánticamente escaso fundamento. Por el contrario, mucho más verosímil resulta su propuesta relación del nombre de Ταρτησός con el etnónimo de los turdetanos (1995: 265).

No faltan tampoco aquí las analogías de cariz morfológico. Así podríamos tener terminaciones tan característicamente indoeuropeas como probablemente /ios/ (ACoOSiOŠ) o /enti/ (–CeENTiI), amén de una posible desinencia –OPoO (*cf.* CoOLOPoO, LOCoOPoO) que sería fácilmente equiparable, como viera CORREA (1992: 99s), a las ya casi seguras desinencias de dativo (/ablativo) plural –[O]VBO del galaico y lusitano (*cf.* ¡LVCVBU, LVCVBO! o ARABO COROBELICOBO TALVSICOBO en Cáceres) o, sin esa pérdida de [–s] final a la andaluza, –UPoS en el celtibérico. Más recientemente UNTERMANN (2001: 31) menciona el potencial celtoidismo de desinencias como las de ACoOSiOŠ o MUTuIREA y SARUNEEA, la de un posible genitivo a la celtibérica en –o para CeERToORO, más otro genitivo plural a la céltiberica en –um en LIRNEStAcuUN con, adicionalmente, el típico formante adjetival /k/ hispanocéltico.

Por lo demás, la presencia de elementos célticos —*ergo* también celtoides— en el sur de la Península está suficientemente acreditada en época romana, lo que, entre otras cosas, llevó a CAPALVO (1996, 107–23) incluso a la controvertida propuesta de ubicar la histórica Celtiberia ulterior en la región malacitana. Más recientemente otro posible indirecto testimonio de celtoidismo para Tartesos lo constituiría la identificación propuesta por Martín ALMAGRO (2002) de una divinidad tartésica con étimo celtoide. Cumple también recordar que para POLIBIO, según ESTRABÓN (3,2,15), los turdetanos estaban relacionados por consanguineidad (διὰ τὴν συγγένειαν) con los muy significativamente denominados *Celtici* (!), sus vecinos (Berrocal 1992). Aún según HERÓDOTO (2,33,3) una de las sedes principales de los celtas estaría situada más allá del Estrecho de Gibraltar.

Así pues, aunque nos parece que hoy no pueda excluirse la presencia de elementos externos en el material tartésico (inclusive los textos podrían reflejar sólo aquellos), también nos parece innegable que muchos otros elementos apuntan, hoy por hoy, a algún carácter celtoide. De hecho, no estamos obligados a interpretar toda la documentación como exclusivamente celtoide o lo contrario. Teóricamente es también posible que tengamos

testimonios de más de una lengua, por ejemplo, ora un componente léxico celtoide —fundamentalmente antroponímico— registrado en otra lengua, como verbigracia sucede con el material aquitano o galaico que aparece en tantas inscripciones redactadas en latín, ora justamente lo contrario, esto es, elementos léxicos de otra lengua desconocida en un texto redactado en una lengua celtoide. En esta hipótesis mixta, actualmente la primera opción parece preferible por ser en principio menos controvertible la documentación léxica (al fin y al cabo, un supuesto andrónimo ACoOSiOŠ podría integrarse con la desinencia de la lengua de procedencia, tal como hacemos con nuestros *Ingrid* o *Kevin*), además el adicional testimonio cirionímico de antropónimos, etnónimos y topónimos (con una ¡*Seguntia!*)— evidenciando la (continuidad de la) presencia de elementos lingüísticos celtoides en esta zona propiciaría una explicación más sencilla si se supone que la base poblacional hablaba dialectos de ese tipo. En cualquier caso, ya en tartésico ya en su entorno hay un elemento celtoide por ponderar y de hecho interpretado de diversa manera según los autores. PÉREZ (1993), por ejemplo, habla de *celtización*, pero en teoría podría hablarse también de *deceltización*.

Volviendo sobre estas cuestiones, recientemente el mismo UNTERMANN (2001: 31s) preguntábase si con la inevitable propuesta de considerar indoeuropeo o incluso celtoide el tartésico no habíamos llegado a un callejón sin salida (*Sackgasse*), argumentado que, por otra parte, la toponimia presentaba testimonios como —ejemplificaba concretamente— *Corduba* y *Olisippo* de seguro, según él, anindoeuropeísmo. Pero ahora que VILLAR (2000: 119–79) ha insistido con su habitual arsenal documentario en la segura indoeuropeidad al menos de *-uba* para *Corduba*, la *matria* —no se olvide— de los *Annaei Senecae* de tan celtoidísimos apellidos, el callejón parece dejar aún algún que otro resquicio hacia lo indoeuropeo.

***Background*: piras, zanjas y dilatando para el parto**

Otra consecuencia importante de este *poner patas arriba* el panorama lingüístico de la Península Ibérica en época prerromana (y mucho antes) es la provisional hipótesis de que lo celtoide pudo incluso configurarse esencialmente en la Península Ibérica. Aún más seguro que eso parece, en todo caso, la invitación a otorgar a lo celtoide en la Península Ibérica una extensión mucho mayor de la que hasta hace unos pocos años se creía, en aquellos tiempos no tan lejanos en los que recuérdese lo céltico en la Península se reducía *éznicamente* a Numancia, Botorrita y... Paniza. Así, una de las consecuencias colaterales más novedosas de las nuevas propuestas es el postulado de que en la mayor parte de la antigua *Hispania* los iberos se habrían asentado en una época posterior a la de los celtas. Una vez que para la lengua son sobre todo factibles las dataciones relativas, aun sin haber podido determinar el exactamente *cuándo*, sí nos parecen, en cambio, hoy bastante fiables los datos que apuntan a una prelación cronológica de lo celtoide sobre el ibérico en un territorio que en época clásica será de habla ibérica. Como en su momento tuvimos ocasión de

pormenorizar, la mayoría de nuestros argumentos se basa en el constatar que en los territorios históricamente de lengua ibérica es detectable un estrato analizable como indoeuropeo y en principio concretamente como substrato. Esa capa era para nosotros bien visible principalmente en los ámbitos de la hidronimia (o de la toponimia en general, siendo esto muy relevante para determinar su antigüedad), de la etnonimia y de la antroponimia, tres ámbitos que emblemáticamente ilustrábamos entonces con los nombres de *Pallantia*, *Saguntum* y LICiNE. Como suele ser habitual en trabajos nuestros de esta índole, insistíamos muy mucho en la importancia de la acumulación convergente de datos. No era un único testimonio sino la suma de muchos lo que daba fuerza a la propuesta. Habría —cierto— que eliminar aquellos datos involuntariamente erróneos y que la posterior investigación *purgaría*, pero habría también que añadir en el futuro aquellos datos hasta ahora no detectados, como, por citar un solo ejemplo, el potamónimo *Onya* en Gerona que ahora Carlos JORDÁN (2002: 226s) relaciona con el burgalés y céltico *Oña*.

Por otra parte, seguimos pensando que en toda la Península la presencia lingüística de lo ibérico se habría sobredimensionado por el hecho de que el ibérico, dada su posición geográfica y por mor de su hegemonía cultural y económica, habría actuado como un intermediario, como —y a veces literalmente— un intérprete para el resto de las hablas de la Península, iberizando en mayor o medida los otros testimonios lingüísticos. Al menos para el mundo celtibérico ya reconocía DE HOZ (1995: 23) que “en las zonas fronterizas con el mundo ibérico las primeras relaciones entre romanos y celtíberos han podido desarrollarse utilizando como lengua vehicular la lengua ibérica, bien porque fuese la única que poseían en común algunos celtíberos y algunos romanos, bien porque utilizasen los servicios de intérpretes ibéricos”.

Como será sabido, aquella propuesta nuestra de un substrato indoeuropeo en territorios históricamente ibéricos no está —ni mucho menos— aislada, autores cuales ALINEI, VILLAR o RODRÍGUEZ coinciden en proponer un fondo indoeuropeo para la mayor parte del Principado de Cataluña y del Reino de Valencia, territorios históricamente de habla ibérica. Así, del ibérico dice VILLAR (2000: 424) “constituye claramente un superestrato tardío, que con seguridad no había logrado erradicar el estrato indoeuropeo en el momento de la llegada de los romanos”. Por su parte, ALINEI (2000: 577–603) reconoce un fondo *italide* para esta zona. Ambas tesis presuponen una más profunda antigüedad y una mayor continuidad indoeuropeas de las tradicionalmente aceptadas. A su vez, en ese *background* indoeuropeo también VILLAR cree poder identificar elementos *italoides* o, más exactamente, “indoeuropeos balto-italoides” (2000: 437). Por nuestra parte no encontramos datos definitivos o decisivos en favor de tal asunción y por el momento pensamos más bien que los actualmente disponibles sobre ese substrato indoeuropeo y previo al ibérico lo hacen perfectamente compatible con lo celtoide.

Otro problema anexo y que en el *fondo* viene a ser lo mismo, es la presencia del denominado *paleoeuropeo* (o *Alteuropäisch*) en la Península Ibérica. Hans KRAHE (1963, 1964 sobre todo) comenzó a detectar el carácter claramente indoeuropeo de los nombres de numerosos ríos europeos, pero desde el primer momento encontró grandes dificultades para encuadrar tal extensa hidronimia en una *familia* lingüística determinada: primero la clasificó como ligúrica y después como ilírica para finalmente llegar a la conclusión —que hoy evidentemente parece la correcta y, desde luego, la única con sentido— de que se trataba de un registro indoeuropeo occidental tan antiguo que aún no manifestaba características individuales de posteriores grupos. De hecho, nosotros hemos propuesto que, como en el resto de Europa, también en la Península Ibérica el paleoeuropeo podría ser la primera *ecografía* del conglomerado indoeuropeo. En todo caso, no cabe dudar de la presencia de paleoeuropeo en la Península Ibérica, como quedara de manifiesto ya desde el temprano trabajo de DE HOZ en 1963 hasta el [hiper]crítico de UNTERMANN publicado en 1999 en el florilegio de homenaje a SCHMID. Ello sin mencionar la reinterpretación en clave de un indoeuropeo *ibero-pirenaico* que VILLAR (2000) hace de al menos parte del material tradicionalmente considerado paleoeuropeo.

***Sefarad*: indoeuropeizaciones fallidas (pero no tanto)**

Como quiera, la sensación actual es la de que aquella perspectiva tradicional de invasiones de feroces celtorros rubicundos a lomos de pollino córcel y zurrándoles a taimados y morenetes iberos para apoderarse de sus feraces tierras en el amanecer de la Edad de Hierro, es un modelo totalmente inoperante, porque no presenta posibilidad alguna de conjunción con los datos antropológicos, arqueológicos, geográficos, genéticos, históricos... ¡ni lingüísticos! si examinados estos sin prejuicios, y porque, al final, crea muchos más problemas de los que pretendidamente soluciona. Razón tenía ya WALKER (1991/2: 14s) al reclamar esencial continuidad cultural en nuestra Península: “Dicha continuidad se extiende probablemente desde el mesolítico–epipaleolítico, cuya investigación durante los últimos veinticinco años hace dudar que la España mediterránea era una deshabitada tierra de nadie, lista para ser colonizada por campesinos necesitados de tierra desembarcados en la costa. Tampoco la Meseta era una «tabula rasa» para ser rellenada por huestes celtas a principios del primer milenio”. La sensación es, en fin, la de que siguen existiendo muy importantísimos asuntos pendientes de resolución. A la necesidad de afrontar esos problemas pendientes, se deben fundamentalmente, a nuestro entender, contribuciones como las de Pietro DINI (2000), quien se propone revitalizar un tema, como el de aquel *sorotáptico* de Joan COROMINAS —dispersamente aducido en muchas de sus obras— y que creíamos ya casi definitivamente desaparecido del horizonte de nuestros estudios, pues “fuera de la Península” en palabras de UNTERMANN (1999: 189) “el término *sorotáptico* fue totalmente ignorado [...] también la investigación prehistórica peninsular actual evita emplearlo o incluso lo ha olvidado”. La cuestión sorotáptica —conviene recordar— surge

en primera instancia de los abundantes testimonios paleoeuropeos en la Península Ibérica y precisamente en la zona menos conflictiva para los tradicionalistas, en el cuadrante nordoriental, mas, ay, precisamente también en el territorio histórico hoy sin duda más claramente nuclear de las hablas ibéricas. DINI tiene razón al menos en una cosa: bajo el apelativo que se le quiera dar, subsiste, desde luego, el problema de un componente lingüístico indoeuropeo y no latino perceptible incluso en el léxico de las hablas actuales e incluso —como es especialmente el interés de COROMINAS y de DINI— en una lengua como la catalana donde, desde la perspectiva tradicional, prácticamente no cabía otro primer substrato que el del anindoeuropeo ibérico. Aquí detalle bien significativo lo constituye el hecho de que el término *sorotáptico* (formado sobre los helénicos σορός ‘urna cineraria’ y θάπτω ‘yo entierro’) pretende reflejar técnicamente la *epifanía* arqueológica de esa lengua. Por lo demás, basta leer al siempre ponderado UNTERMANN (1999) para darse cuenta de los errores objetivos que el gran etimólogo COROMINAS cometió —incluso transgrediendo sus propios principios metodológicos— en este y otros campos de la Filología arqueoibérica. Aquí en concreto el primer error es el de una automática equiparación entre lengua y manifestación cultural y ello además desde el dogma de invasores (buenos) = indoeuropeos (buenos). Comenta UNTERMANN (1999: 189): “Siguiendo los esquemas teóricos de la primera mitad de nuestro siglo, los investigadores no vacilaron en deducir que la expansión de los Campos de Urnas fue un fenómeno inseparable de la migración de pueblos, y dado que la expansión empezó en la Europa central se estableció el dogma de que estos pueblos habían hablado una lengua indoeuropea. Hoy en día sabemos muy bien que culturas definidas por medio de objetos visibles no coinciden forzosamente con hablantes de una lengua concreta”.

Por otra parte, entrando ya a la equiparación concreta de la cultura de los campos de urnas con hablantes indoeuropeos, la monumental paradoja la constituye, como anticipábamos, el hecho de que el núcleo de esos campos *sóricos* se asienta en territorio históricamente de habla ibérica y de forma además que hasta la eclosión de la cultura ibérica clásica no se detecta discontinuidad, importante circunstancia esta repetidamente expuesta por ALMAGRO (1986/7) y más específicamente por RUIZ (1985). Hace ya más de un decenio, en efecto, escribía ALMAGRO (1991: 13): “Pero la Cultura de los «Campos de Urnas», hasta hace poco identificada con los celtas, se ha delimitado en el NE. Peninsular. En consecuencia, las tesis invasionistas tropiezan con la dificultad de que dicha zona no coincide con el área geográfica y lingüística de los celtas [...] las gentes de estos «Campos de Urnas» hablarían ibérico, pues de ellas deriva directamente la Cultura Ibérica”. Parecidamente se expresaba LORRIO (1997: 31, ítem 371–5). “los Campos de Urnas del Noroeste dan paso sin solución de continuidad a la Cultura Ibérica”. Consecuentemente, medio en broma en nota de un trabajo publicado en 1998/9 por nuestra parte se escribía literalmente “Aunque ahora ha quedado claro que no hay vinculación entre campos de urnas y celtas en la Península Ibérica, sino, en todo caso, entre campos de urnas e

iberos, nadie se ha apresurado a postular la invasión, desde el norte, de los iberos”. Pero no podíamos sospechar entonces que muy pronto alguien propondría o estaría a la sazón proponiendo en serio la misma hipótesis, pues RODRÍGUEZ (2001: 27) admite poder “unir tanto la zona vasca, como la aquitana y la íbera mediante un factor común [...] justo la clase de fenómeno capaz de extender una familia lingüística homogeneizando un amplio territorio: la cultura de los Campos de Urnas”. Ciertamente cumple decir que, en todo caso y desde la perspectiva invasionista tradicional, la única ecuación lingüística razonable y aceptable que pueda hacerse de la cultura asociada a los campos de urnas en la Península Ibérica es, como decíamos, con el ibérico (más difícilmente, creemos, *pace* Rodríguez, con lo aquitánico); en esto RODRÍGUEZ tiene razón. Ahora bien, otra vez ¿por qué equiparar sin más una manifestación cultural documentada arqueológicamente con una definida personalidad lingüística? Como ya se habrá percibido, el problema es —de nuevo— el de (la tendencia a) automáticas y sincrónicas tautologías lengua = cultura. Reflexionemos con un par de ejemplos con intención de dar por definitivamente *zanjada* la cuestión.

Muy probablemente la isla de Tasmania nunca contó con más de 5.000 habitantes, y en concreto albergaba unos 2.000 aborígenes cuando desembarcaron allá los primeros europeos, los cuales, por cierto, causaron auténtico pavor en la población, pues al ver a estos ancestros de Nicole KIDMAN con rostros tan pálidos como la luna, creyeron que eran los blanquecinos difuntos de sus tradiciones y supusieron que los muertos volvían para visitarles (Murdock 1981: 25s). Por cuanto sabemos hoy, la lengua de la isla debía de ser esencialmente la misma para todos los nativos como lo era también su cultura y mínimo desarrollo tecnológico, probablemente el menor del que téngase histórica noticia, sin embargo, en lo relativo a un aspecto cultural tan, según algunos, supuestamente identificativo y correlato a la lengua como los ritos funerarios, las tradiciones tasmanias eran bastante diferentes. Mientras algunas de las tribus orientales de la isla introducían los cadáveres —obviamente en posición vertical y de pie— en las oquedades de los árboles, en el resto de la isla la cremación resultaba mucho más común, tras la cual cenizas y huesos carbonizados se enterraban (Murdock 1981: 25). Como otros muchos pueblos, también los aztecas practicaban doble ritual funerario: incineraban a los guerreros muertos en combate, a las mujeres fallecidas en el parto y a los jefes de clan, mientras que los borrachos y finados por enfermedades consideradas impuras eran simplemente enterrados, es decir, la incineración se reservaba para personas de importancia —para *vips* dirían los modernos— guardándose además las cenizas dentro de imágenes de madera (Pericot 1962: 90,98). La situación guarda una cierta similitud con las prácticas funerarias romanas e incluso con algunas de nuestra contemporaneidad. No resulta difícil imaginarse que el indoeuropeísta tradicional, operando siempre en una general indigencia testimonial, hablaría en todos estos y similares casos, de dos lenguas, dos, y probablemente (a) una de ellas la consideraría invasiva.

En fin, indirectamente la vinculación de la lengua a manifestaciones arqueológicas de culturas y etnias ha sido otra de las nefandas implicaciones del empleo de cronologías tan asfixiantes. Apenas se mencionará el último —¿y desesperado?— intento de DE BERNARDO (2002) con el concurso, al parecer, de algún que otro tardogimbutiano nacional ávido de encontrar las huellas de los cascos equinos de, aunque sea, una mininvasión indoeuropea en los yermos campos de Numancia–Soria. Según DE BERNARDO (2002: 111) “una primera capa lingüísticamente céltica se extendió hasta los bordes de la península para retraerse después y renovarse en territorios más céntricos”. Con esta especie de teoría del *parto* —contracción, dilatación, contracción...— parece cómodo poder explicar *ad libidinem* cómo unos pocos pudieron indoeuropeizar mucho... o poco según los intereses del lingüista de turno. Como ocurre con el funcionamiento del intermitente en el chiste — ¿funciona? ahora sí, ahora no— estos invasores habrían indoeuropeizado — ¡dilatación! aquí mucho ¡contracción! aquí poco— a veces sí, a veces no. Así pues, para DE BERNARDO (2002: 110): “la llegada de un único núcleo de población celtohablante sería de esa manera suficiente para explicar todas las variedades dialectales que se hallan en la Península”. Mas ya taxativamente escribía ALMAGRO (1991: 17) hace una docena de años: “no es posible demostrar, a través de la cultura material, la existencia de una ni menos de varias invasiones célticas en la Península Ibérica”, y puesto que a fecha de hoy las famosas invasiones indoeuropeas de la tradición siguen sin aparecer ni aquí —y ¡joj! aquí, como hemos visto, se necesitarían al menos dos *tiovivos* invasores— ni en ninguna parte, se trata ahora de reducir a la mínima expresión cuantitativa esa invasión militar para poder así explicar su *invisibilidad* arqueológica. Tras todo esto sigue latente el prejuicio de que, puesto que en alguna medida la Península Ibérica es indoeuropea, en algún —y recentísimo— momento habrá sido *indoeuropeizada*. Por otros.

Ahora bien, el mismo concepto de indoeuropeización es esencialmente —y máxime si aplicado con tal supremacista frenesí— una *cipotada*. La indoeuropeización de algunos es como la Cristianización de muchos, como la evangelización de aquellos heroicos monjes irlandeses que en la Edad Media se bañaban en toneles de agua gélida y que, antes de aceptar resignados el martirio a manos de algún régulo fanfarrón, provocaban masivas conversiones de feroces tribus germánicas. Hazaña para lo que se necesitan pocos hombres pero heroicos y superiores. El problema es que usualmente resulta mucho más difícil cambiar de lengua que cambiar de fe. Aunque en 1492 millares de judíos pasaron a abrazar, a veces de la noche a la mañana, la fe católica, muchos otros, expulsados aquel mismo año, siguen hablando hasta hoy, lejos de Sefarad, el *ladino* o español de sus ancestros. La lección magistral de ALINEI es que la aquerencia esencial en las lenguas es a la conservación, es a la *continuità*. En realidad, no está documentado que lengua alguna haya jamás substituido a otra a base sólo de fuego y férrea espada; el agente documentado es siempre la necesidad, la adaptación, la comodidad. Más que imponerse por carruseles invasores las lenguas se superponen mediante una buena colonización, por capaz administración o incluso por burocracia. Los mongoles invadieron media Eurasia, pero fuera

de sus territorios de origen apenas quedan unos pocos (mongoles y) hablantes de mongol en Afganistán.

Y lo dicho se aplicaría mucho más en épocas antiguas cuando las diferencias no eran tan grandes entre las diversas comunidades ni dábanse los abismos que ya en el mundo moderno se detectan entre los dos modelos antropológicos básicos de caza y recolección, por una lado, y de ganadería y agricultura por otra, diferencia esta que, en lo concerniente al mundo indoeuropeo, por su tendencia a la exageración RENFREW ha sido justamente criticado. De hecho “contrariamente a lo que se creía [...] el cambio a la agricultura no representó una mejora en las condiciones de vida de la población. La recolección durante unas cuantas horas al día fue sustituida por tal vez 10 horas de labrar el duro suelo” (Burenhult 1995: 84). Nuestra imagen de las comunidades de caza y recolección está además distorsionada por el hecho de que en el mundo contemporáneo aquellas han pervivido casi exclusivamente en entornos muy extremos. Hasta la Edad Moderna las diferencias tecnológicas y culturales entre pueblos cazadores y agricultores o pastores no eran tan brutales como lo es hoy en día entre, pongamos por caso, los bosquimanos y los neoyorquinos. Otrosí, en condiciones comparables a las de la Eurasia primitiva, el proceso de transición a la agricultura no ha sido nunca tan impactante como para provocar la drástica adquisición de lenguas de cuño totalmente diferente; por ejemplo, “la agricultura organizada no nació de la noche a la mañana en el suroeste de América del Norte. Al menos 1.000 años antes, el cultivo de maíz y otras plantas se combinaba con la forma de vida tradicional basada en la caza y la recolección [...] Los apaches occidentales [...] cazaban grandes animales, pero el consumo de carne no era tan importante como para acabar con los animales del territorio. Practicaban la agricultura, pero no hasta el punto de depender únicamente de los cultivos para alimentarse durante todo el año” (Thomas 1995: 68). Por cuanto sabemos, la neolitización en Europa y parte de Asia se pareció mucho más a estos modelos de equilibrio que al trauma de la imposición de las nuevas economías a los bosquimanos por los holandeses o a los australianos por los británicos.

***Batua*: de imposible y vencido a convencido y posible**

La expansión de los agricultores ibéricos a costa de pastores de habla celtoide en nuestra Península debió de producirse desde el noroeste y dentro de esos parámetros menos traumáticos que venimos describiendo. La expansión que a partir de razones lingüísticas preconizamos, debió de continuar hacia el sur, siguiendo la costa levantina y penetrando hacia el interior por las cuencas fluviales, notoriamente por el Ebro, río que llegaron a remontar muy profundamente. La expansión pudo seguir desde el Levante, al sur de la actual Comunidad Valenciana, desde donde debieron de *atajar* hasta alcanzar —siempre sin que desde los datos lingüísticos podamos precisar fechas— la fértil cuenca del Guadalquivir. En todos estos territorios los iberos se encontraron —hemos sostenido— con un grueso poblacional indoeuropeo y de diversas hablas celtoideas, componente que fue

iberizado más o menos intensamente según el tiempo de contacto y otras diversas circunstancias, pero hay buenos indicios de que en gran parte de ese territorio la iberización fue moderada y superficial, *ergo* probablemente reciente. En su lugar hemos argumentando también por qué pensamos que las fronteras de las actuales hablas vernáculas son territorialmente continuación en buena medida de las indígenas en época prerromana correspondiendo el ibérico al ámbito del valenciano y del catalán. RODRÍGUEZ (2001: 25s) se ha sumado ahora a la propuesta intrusiva del ibérico y aún a nuestra más concreta propuesta de un origen septentrional para la Península Ibérica, al menos así creemos pueda entenderse su afirmación de que la distribución geográfica de topónimos ibéricos sumado al de los vascónicos “denota claramente un carácter invasivo y septentrional de este grupo lingüístico”.

Tendencia, pues, actual es considerar el ibérico en la Península ibérica como un componente (más) *reciente* que lo indoeuropeo y, hasta cierto punto, intrusivo. Pero intrusivo ¿desde dónde? Si bien haya quedado suficientemente [de]mostrado lo falso —y simplón— del *vascoiberismo* (Jordán 1998: 4–14) o suposición de que el vascuence sea una reliquia viviente del ibérico (otro de los nefastos resultados del *salomonismo* conceptual que directamente deriva del modelo lingüístico *familiar*), resultan patentes las suficientes evidencias como para postular una mayor relación entre ambas instancias lingüísticas. A la dicha cuestión hemos dedicado un trabajito mostrando en esencia que el número de afinidades es en calidad y cantidad más que significativo como para excluir que sea debido a la pura casualidad. Un cierto material común antroponímico había sido admitido por estudiosos tan refractarios —y con razón— al vascoiberismo como MICHELENA (1979: 37,38) y GORROCHATEGUI (1993). Ya con los primeros estudios de ALBERTOS (1983: 879) quedara claro que no siempre es fácil de distinguir entre los nombres vascos (o aquitanos) y los ibéricos. El mismo UNTERMANN, bien poco sospecho de *contubernios* vascoiberistas, ha podido casi oficialmente proclamar (1996: 380): “ya está fuera de duda el que la lengua ibérica tiene algo que ver con la lengua vasca, y aumentan cada vez más los indicios positivos a favor de ello, pero todavía no son suficientes para permitirnos aplicar los métodos acreditados de la lingüística comparativa e histórica”. Pero la última frase oculta otro de los prejuicios de la Lingüística tradicional, ya que parece automáticamente asignar al método histórico-comparativo la tarea de estudiar el ibérico, una vez detectado su *parentesco* con el vascuence. Sin embargo, por mencionar aquí sólo los condicionantes cuantitativos, resulta evidente que *el* método nunca será igual de eficiente cuando para la comparación, como es aquí el caso, se disponga de sólo dos entidades lingüísticas, siendo una de ellas precisamente la que se pretende conocer (mejor). Nada, pues, *comparable* al caso de las lenguas indoeuropeas, donde potencialmente son centenares las entidades a disposición y donde, en consecuencia, son mucho mejores las perspectivas de avanzar tanto en el conocimiento de una entidad determinada cuanto en la base común a todas ellas. En cualquier caso, todo sugiere un contacto y además bien antiguo —*ergo* vecindad bien antigua—

del ibérico con el complejo aquitánico, del que como componentes meridionales formarían históricamente parte los actuales dialectos vascuences. Claro que la chusca pretensión de traducir textos ibéricos a base de *machacar* diccionarios del eusquera “batúa” o gramáticas normalizad[or]as como *El Imposible Vencido* del Padre LARRAMENDI (1886) es operación tan ilusa y poco prometedoras como sería —pongamos por caso— la de traducir el germánico de las runas a base de vocabularios del actual frisio (para no decir del bretón o del retorromance), por mucho que se reconozca que, como dirían los tradicionalistas, (todas) esas lenguas estén *emparentadas*.

También aquí problemas básicos y mayúsculos siguen siendo, en nuestra modesta opinión, los de las cronologías represoras y el radical consumo del *tamaño familiar*. Imaginemos a alguien que comparara algunos de los dialectos periféricos actualmente hablados en el Lacio con el latín de esa misma zona hace *sólo* unos 2000 años, y además, por cierto, lo hiciera con restos magros y fragmentarios y sin saber la distancia real operante entre ambas instancias lingüísticas. Fácil imaginar que el indoeuropeísta tradicional, aunque evidentemente reconocería un sinfín de afinidades, llegaría a la *rigurosa* conclusión de que se trata de lenguas de *familias* distintas, pues, por ejemplo, una lengua —el latín— no palataliza oclusivas ante vocal coronal (*centum, gentem, iustitia...*) y la otra sí lo hace, esto es, presenta[ría] una serie aditiva de consonantes palatalizadas. El indoeuropeísta tradicional debería, pues, postular una distinta *rama*, quizá una diferente *familia* lingüística, es posible que incluso una distinta *invasión* para explicar en un mismo territorio la presencia de ambas manifestaciones lingüísticas en una fecha indeterminada pero, en todo caso, siempre estimada no muy distante.

Teniendo en cuenta la calidad y cantidad de rasgos que comparten, nosotros nos hemos atrevido a proponer la existencia de un conjunto lingüístico al que pertenecerían ibérico, por un lado, y el *continuum* aquitano–vasco, por otro lado. Ahora bien ¿por qué lado? Posiblemente occidental (y septentrional) el aquitano y oriental (quizá también meridional) el ibérico. Más recientemente hemos argumentado la posibilidad de un tercer componente de este conjunto. Sería este un componente que (aún) en época remota habría perdurado en la continuación natural de los Pirineos, es decir, en la cordillera cantábrica y que emblemáticamente identificamos en torno a los antiguos ástures. Por añadir ahora algunos datos más, mencionaremos que elementos no indoeuropeos detectaba ya también DOMÍNGUEZ (1985: 63) en la religiosidad de ástures y transmontanos cántabros.

Por otra parte, en apoyo de nuestra tesis de un origen septentrional para los iberos hemos llamado también la atención sobre la convergencia etnológica visible en el tipo físico todavía hoy reconocible en la Comunidad Valenciana, Valle del Ebro, y sobre todo Cataluña. Y con ello no nos referimos sólo al célebre tipo morfológico de la *valenciana* de tronco

alargado, típico de climas más fríos y que tanto chascarrillo suscita en las limítrofes provincias del interior. Nos referimos también a la mayor proporción de tipos rubios en la costa mediterránea y el valle del Ebro (Bosch & Serra & Del Castillo 1962: 419). Inversamente, ha de notarse que los territorios de indudable celtoidismo o al menos indoeuropeísmo antiguo son precisamente morenos, pues los individuos con mayor pigmentación se concentran en la España interior y más occidental. El detalle es coincidente con lo que encontramos también entre los celtas extrapeninsulares, “En Irlanda es de notar el distrito de los Montes Mayo, en la parte occidental, en donde se encuentran las tallas más bajas, la braquicefalia y la pigmentación más acentuadas; se trata también de una región de lengua gaélica” (Bosch & Serra & Del Castillo 1962: 365). En las Islas Británicas donde “abundan más los tipos con tendencia a la tez morena, es en Irlanda y la península de Cornualles” (Bosch & Serra & Del Castillo 1962: 365s), es decir, en la zona lingüísticamente más celtoide. Ello sería congruente con la afición de los hispanoceltas a teñirse de rubio los cabellos o la presencia de sonrosados pómulos en la iconografía ibérica, así en las denominadas *peponas*, o incluso con el supuesto valor ‘moreno’ (al resultar menos común) para el, en la lengua ibérica, tan frecuente componente antroponímico BELEŠ. En breve, los celtas eran morenos, los iberos eran, como los aquitanos y los vascos actuales, rubios... siempre en términos relativos a nuestras calurosas latitudes meridionales. Claro que, hablando de calores meridionales, quizá sea el momento de que celtas e iberos aprovechemos la cercanía de la fenomenal playa de Gandía para solventar nuestras diferencias —en lo relativo, al menos, a la pigmentación de la piel— con un igualitario bronceado...

Referencias

- J. ADAMS & M. OTTE, “Did Indo–European Languages Spread Before Farming?”, *Current Anthropology* 40 (1999) 73–7. I.–X. ADIEGO, “¿Indoeuropeïtzació al paleolític? Algunes reflexions sobre la «Teoria della continuità» de Mario Alinei”, *Estudis Romànics* 24 (2002) 7–29. M.L. ALBERTOS FIRMAT, “La Onomástica de la Celtiberia”, A. Tovar & M. Faust & F. Fischer & M. Koch edd., *Actas del II Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca 1979, 131–67. “Onomastique personnelle indigène de la Péninsule Ibérique sous la domination romaine”, *ANRW* II 29.2 (1983) 853–92. “Las aspiradas en las lenguas paleohispánicas: la *f* y la *h*”, *Veleia* 2/3 (1985/6) 139–43. “Los topónimos en *-briga* en Hispania”, *Veleia* 7 (1990) 131–46. M. ALINEI, *Origini delle lingue d’Europa. I La Teoria della Continuità*, Bolonia 1996. *Origini delle lingue d’Europa. II Continuità dal Mesolitico all’età del Ferro nelle principali aree etnolinguistiche*, Bolonia 2000. “An Alternative Model for the Origins of European Peoples and Languages: The Continuity Theory”, *Quaderni di Semantica* 21 (2000) 21–50. “Conseguenze delle nuove teorie indoeuropeistiche sulla dialettologia romanza”, *Estudis Romànics* 23 (2001) 7–47. M. ALMAGRO GORBEA, “Los Campos de Urnas en la Meseta”, *Zephyrus* 39/40 (1986/7) 31–47. “Los Celtas en la Península Ibérica”, *Los*

Celtas en la Península Ibérica, Madrid 1991, 12–17. “Una probable divinidad tartésica identificada: *Niethos/Netos*”, *Palaeohispanica* 2 (2002) 37–70. F. BELTRÁN LLORIS, “El Cuarto Bronce de Botorrita”, *Palaeohispanica* 2 (2002) 381–405. L. BERROCAL-RANGEL, *Los Pueblos Célticos del Suroeste de la Península Ibérica*, Madrid 1992. P. BOSCH GIMPERA & J. DE C. SERRA-RÀFOLS & A. DEL CASTILLO YURRITA, “Los pueblos de Europa”, P. Bosch Gimpera dir., *Las Razas Humanas*, Barcelona 1962⁵, II 310–449. G. BURENHULT, “Por qué algunos pueblos no se hicieron agricultores. 11000 a.C. – 1500. Una panorámica global”, G. Burenhult ed., *Pueblos de la Edad de Piedra. Exploradores y agricultores de Asia, América y el Pacífico*, trad. F. Chueca, Barcelona 1995, 80–9. Á. CAPALVO, *Celtiberia. Un Estudio de Fuentes Literarias Antiguas*, Zaragoza 1996. F. CAVAZZA, *Lezioni di indoeuropeistica con particolare riguardo alle lingue classiche (sanscrito, greco, latino, gotico) I*, Pisa 2001. J.A. CORREA, “Posibles antropónimos en las inscripciones en escritura del S.O. (o Tartesia)”, *Veleia* 6 (1989) 243–52. “La epigrafía tartesia” *Forum Ibero-Americanum* 7 (1992) 75–114. “Crónica epigráfica del sudoeste”, *Palaeohispanica* 2 (2002) 407–9. G. COSTA, *Le Origini della Lingua Poetica Indeuropea. Voce, coscienza e transizione neolitica*, Florencia 1998. *Sulla preistoria della tradizione poetica italiana*, Florencia 2000. “Continuità e identità nella preistoria indeuropea: verso un nuovo paradigma”, *Quaderni di Semantica* 21 (2001) 215–60. P. DE BERNARDO STEMPEL, “Centro y áreas laterales: la formación del celtibérico sobre el fondo del celta peninsular hispano”, 2 (2002) 89–132. J. DE HOZ, “Hidronimia antigua europea en la Península Ibérica”, *Emerita* 31 (1963) 227–42. “Testimonios lingüísticos relativos al problema céltico en la Península Ibérica”, M. Almagro Gorbea dir., *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid 1993, 357–407. “Las sociedades celtibérica y lusitana y la escritura”, *Archivo Español de Arqueología* 68 (1995) 3–30. M. DE LARRAMENDI, *El Imposible Vencido. Arte de la Lengua Vascongada*, San Sebastián 1886. G. DEVOTO, “Il Latino di Roma”, *Popoli e civiltà dell’Italia antica*, A.L. Prosdocimi cur., VI. *Lingue e Dialetti*, Roma 1978, 471–85. P.U. DINI, “Preliminari di metodo e prospettive di ricerca sul sostrato preromano (sorotaptico) nel lessico catalano”, *Studi e Saggi Linguistici* 61 (2000) 7–50. A. DOMÍNGUEZ MONEDERO, “Algunas interpretaciones en torno a la religiosidad de los pueblos prerromanos del área cántabro-astur”, *In memoriam A. Díaz Toledo*, Granada 1985, 53–64. D. GHENO, “La questione dell’Urheimat uralica e i primi contatti tra ugrofinni e balti”, *Res Balticae* 8 (2002) 7–34. J. GORROCHATEGUI, “Las lenguas de los pueblos paleohispánicos”, M. Almagro Gorbea dir., *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid 1993, 409–29. “La onomástica aquitana y su relación con la ibérica”, J. Untermann & F. Villar edd., *Lenguas y cultura en la Hispania Prerromana. Actas del V Coloquio sobre lengua y culturas prerromanas de la península ibérica*, Salamanca 1993, 609–34. A. HÄUSLER, “Invasionen aus den nordpontischen Steppen nach Mitteleuropa im Neolithikum und in der Bronzezeit: Realität oder Phantasieprodukt?”, *Archäologische Informationen* 19 (1996) 75–88. “Zum Ursprung der Indogermanen. Archäologische, anthropologische und sprachwissenschaftliche Gesichtspunkte”, *Ethnographisch-Archäologische Zeitschrift* 39 (1998) 1–46.

C. JORDÁN CÓLERA, “Sobre los orígenes del vasco”, *ΔΙΔΑΣΚΑΛΟΣ. Estudios en homenaje al Prof. Serafín Agud con motivo de su octogésimo aniversario*, Zaragoza 1998, 3–30. “De las *Oestrymnides*, la *Garumna* e hidrotopónimos relacionados”, *Emerita* 70 (2002) 213–30. H. KRAHE, *Die Struktur der alteuropäischen Hydronimie*, Wiesbaden 1963. *Unsere ältesten Flußnamen*, Wiesbaden 1964. H. KÜHN, “Herkunft und Heimat der Indogermanen”, *Proceedings of the First International Congress of Prehistory*, Oxford 1932, 237–42. A.J. LORRIO, *Los Celtíberos*, Alicante 1997. L. MICHELENA, “La Langue Ibère”, A. Tovar & M. Faust & F. Fischer & M. Koch edd., *Actas del II Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca 1979, 23–39. G.P. MURDOCK, *Nuestros Contemporáneos Primitivos*, trad. T. Ortiz, Méjico 1981 (= 1934). M. OTTE, “The diffusion of modern languages in prehistoric Eurasia”, R. Blench & M. Spriggs edd., *Archaeology and Language I. Theoretical and Methodological Orientations*, Londres–N. York 1997, 74–81. “Prehistory of the Europeans: a Comment on Cavalli–Sforza”, *Journal of Anthropological Research* 54 (1998) 401–5. “The History of European Populations as seen by Archaeology”, C. Renfrew & K. Boyle edd., *Archaeogenetics: DNA and the population prehistory of Europe*, Cambridge 2000, 41–4. M. PÉREZ ROJAS, “Las inscripciones con escritura tartésica de la cueva de la Camareta y su contexto onomástico (Aportaciones sobre la «celtización» del mundo ibero–tartésico)”, *Antigüedad y Cristianismo* 10 (1993) 139–266. L. PERICOT GARCÍA, “Los pueblos de América”, P. Bosch Gimpera dir., *Las Razas Humanas*, Barcelona 1962₅, II 1–161. C. POGHIRC, “Pour une concordance fonctionnelle et chronologique entre linguistique, archéologie et anthropologie dans le domaine indo-européen”, R. Beekes & A. Lubotsky & J. Weitenberg edd., *Rekonstruktion und relative Chronologie. Akten der VII. Fachtagung der Indogermanischen Gesellschaft*, Innsbruck 1992, 321–33. B.M. PRÓSPER, “La divinidad paleo–hispana *COSSVE/COSO* y el dios itálico *CØNSVS*”, *AIΩN* 19 (1997) 267–302. M. RICHARDS & H. CÔRTE–REAL & P. FORSTER & *ALII*, “Paleolithic and Neolithic Lineages in the European Mitochondrial”, *American Journal of Human Genetics* 59 (1996) 185–203. M. RICHARDS & V. MACAULEY & E. HICKEY & *ALII*, “Tracing European Founder Lineages in the Near Eastern mtDNA Pool”, *American Journal of Human Genetics* 67 (2000) 1251–1276. J. RODRÍGUEZ RAMOS, “La cultura ibérica desde la perspectiva de la epigrafía: un ensayo de síntesis”, *Iberia* 4 (2001) 17–38. G. RUIZ ZAPATERO, *Los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica*, Madrid 1985. J. SALAS MARTÍN & *ALII*, “Nuevas aportaciones a la epigrafía romana de Extremadura”, *Veleia* 4 (1987) 127–43. K.H. SCHMIDT, *Celtic: A Western Indo–European Language?*, Innsbruck 1996. O. SEMINO & G. PASSARINO & P. OEFNER & *ALII*, “The Genetic Legacy of Paleolithic *Homo sapiens sapiens* in Extant Europeans: a Y Chromosome Perspective”, *Science* 290.10 (2000) 1155–1159. B. SYKES, *Les sept filles d’Eve. Génétique et histoire de nos origines*, trad. P.E. Dauzat, París 2001. D.H. THOMAS, “Tras la pista del maíz: la «madre del maíz»”, G. Burenhult ed., *Pueblos de la Edad de Piedra. Exploradores y agricultores de Asia, América y el Pacífico*, trad. F. Chueca, Barcelona 1995, 62–75. N.S. TRUBECKOJ, “Gedanken über das Indogermanischen”, *Acta Linguistica* 1 (1939) 81–9. J. UNTERMANN,

“Lusitanisch, Keltiberisch, Keltisch”, *Veleia* 2/3 (1985/6) 57–76. “Zum Stand der Deutung der ‘tartessischen’ Inschriften”, J.F. ESKA & R.G. GRUFFYDD & B. JACOBS edd., *Hispano-Gallo-Brittonica. Essays in Honour of Prof. D. Ellis Evans on the Occasion of his Sixty-fifth Birthday*, Cardiff 1995, 244–59. “Balance”, F. VILLAR & J. D’ENCARNAÇÃO edd., *La Hispania Prerromana. Actas del VI Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca 1996, 378–83. “VI. Onomástica”, F. BELTRÁN & J. DE HOZ & J. UNTERMANN, *El Tercer Bronce de Botorrita (Contrebia Belaisca)*, Zaragoza 1996, 109–66. “Joan Coromines y la onomástica de la Hispania antigua”, J. SOLÀ ed., *L’obra de Joan Corominas. Cicle d’estudi i homenatge*, Sabadell 1999, 183–92. “«Alteuropäisch» in Hispanien”, E. EGGERS & *alii* edd., *Florilegium Linguisticum. Festschrift für W.P. Schmid zum 70. Geburtstag*, Francforte del Meno & *alii* 1999, 509–18. “Zum Nachweis von Substratsprachen auf der Iberischen Halbinsel”, *Madriider Mitteilungen* 41 (2000) 139–47. *Die vorrömischen Sprachen der iberischen Halbinsel. Wege und Aporien bei ihrer Entzifferung*, Wiesbaden 2001. J. UNTERMANN & D. WODTKO coll., *Monumenta Linguarum Hispanicarum. Band IV. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Wiesbaden 1997. J. VELAZA FRÍAS, *Epigrafía y lengua ibéricas*, Madrid 1996. F. VILLAR, “Los nombres de Tartesos”, *Habis* 26 (1995) 243–70. *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania Prerromana*, Salamanca 2000. F. VILLAR & M^a.A. DÍAZ SANZ & M.M^a. MEDRANO MARQUÉS & C. JORDÁN CÓLERA, *El IV Bronce de Botorrita (Contrebia Belaisca): Arqueología y Lingüística*, Salamanca 2001. F. VILLAR & R. PEDRERO, “La nueva inscripción lusitana: Arroyo de la Luz III”, F. Villar & M.P. Fernández edd. *Religión, Lengua y Cultura Prerromanas de Hispania*, Salamanca 2001, 663–98. M.J. WALKER, “¿Eran indoeuropeos o preindoeuropeos los primeros neolíticos en la Península?”, *Anales de Prehistoria y Arqueología* 7/8 (1991/2) 7–16.